

el *tan, tan*, de la campana que recuerda á los fieles la oracion de la tarde, todo esto, unido á los pálidos reflejos de la gran chispa de la Omnipotencia Divina, tal impresion causa en mi alma, que me suspende primero, me admira despues, y me extasia y encanta por último.

Con el fin, pues, de reproducir tan dulces como gratas impresiones, salí á paseo la tarde víspera de san Pedro, y tan completo fué el espectáculo, que el alma se deleitó en su contemplacion hasta semi-identificarse con él. Entonces, y solo entonces, leí en el gran libro de la naturaleza las tan bellas como verdaderas lirás de la *Vida del campo*, y casi instintivamente exclamé con fray Luis de Leon;

¡Qué descansada vida

La del que huye del mundanal ruido

Y sigue la escondida

Senda, por donde han ido

Los pocos sábios que en el mundo han sido!

Y probablemente recitara hasta su último verso, si de pronto, al pasar por delante de una muy aseada casa con una frondosa parra en la puerta, no hubiesen llamado mi atencion los gritos de una anciana venerable que acababa de sentarse en su *escañeta*, con el delantal lleno de trigo.

—¡Titaás, titaás, . . . ¡pul, pul, pul, puull! . . . decia la buena mujer con voz temblona y cascada.

Y una bandada de gallinas, presidida por un muy colorado y gentil gallo, con una cresta como un clavel, acudió á todo á correr á la política invitacion de la anciana, y se puso á picotear muy á su sabor el dorado trigo que ésta les iba

echando, mientras mantenía con la gallinésca gente el siguiente diálogo:

—¡Pobrecicas, pobrecicas! . . . tanto tiempo sin comer; ya tendríais gana, ¿no es verdad?

—¡Ca ca, ca! no señora, contestaban ellas; si no ya hubiésemos venido.

—¡Quita de ahí, gandul tragon! que eres capaz de comerte una talega,—le decia al gallo que, en efecto, devoraba algo mas de prisa de lo que es permitido á todo gallo bien educado.

A lo que el gallo contestaba dando un saltito hácia atrás y sacudiendo las alas para volver con mas fuerza á la carga.

Quiquiriquiii! ¡Yo no me muevo de aquí! . . .

A ser yo forastero, me hubiese extrañado sobremanera la charla de la anciana con sus gallinas, pues estaria, como ellos, en la persuasion de que eso de hablar con los animales y hacerles hablar, se queda para Esopo, Pedro, La Fontaine, Iriarte y Samaniego; pero los que tal piensan se engañan de medio á medio, porque la anciana llevaba tela que cortar para rato, segun lo poquito á poco que les iba echando el trigo.

Aun estaria escuchándola si un manojito de rosas y azucenas, como diria Trueba, no hubiese hecho variar el curso de mis ideas.

Salió de la casita de la parra con un cántaro á la cabeza, y despues de haber dicho á la anciana: “Abuela, me voy por agua;” y de haber contestado ésta: “Vé con Dios y vuelve pronto;” echó á andar en la misma direccion que yo llevaba. Al pasar por mi lado, mientras me daba las buenas tardes, bajó los ojos, y las rosas asomaron á sus megilas.

No sé si atraído por la flor de un hermoso valle, ó con el fin de continuar mi paseo, la seguí.

La ví entrar en casa de la tía Sacristana, la madre del Rojo, y salir á los pocos momentos, con los ojos nublados por las lágrimas. Yo, que soy curioso por esencia, presencia y potencia, quise, aunque ya lo sospechaba, averiguar la causa de aquel llanto, y me colé dentro.

El manojito de rosas y azucenas continuó hacia el molino.

Entre tanto yo consolaba, como Dios me dió á entender, á la tía Brígida, á quien encontré anegada en un mar de lágrimas.

—Cuando uno no tiene mas que un hijo de sus entrañas, despues de tanto como nos cuesta, hay para desesperarse, señor

—Vamos, no tanto, tanto: sea V. razonable, tía Brígida, que los años pasan sin sentir, y en cuanto Agustín cumpla, ya no se separará del lado de sus padres.

—¡Ah! señor, no lo veré yo eso, no. . . ¡La marcha de mi hijo me ha de quitar la vida! . . . ¡Hijo de mi alma! ¡Dentro de poco ya no te verá mas tu madre; no, no, nunca te verá! . . .

—Eso es ya ofender á Dios, tía Brígida: quien la dió á V. tal hijo, él cuidará de devolvérselo. Además, que está V. muy débil.

—Tiene V. razon; pero es muy amargo, señor, verse sin hijo cuando estaba á punto de acomodarse.

—No sabia nada.

—Calle V., señor, ni yo tampoco; pero hace un momento ha estado aquí Rosa, la de la tía Catalina, y se ha puesto á llorar conmigo. . . . ¡Qué

buena es! No podia haber encontrado otra mejor mi Agustín y ahora ¡Jesus, señor, hay para! La pobrecita no se atreve á despedirse de él, y me ha encargado le dé este escapulario de la Virgen del Cármen, y que no se lo quite nunca de encima.

Y diciendo y haciendo sacó del pecho, envuelto en un papel, un escapulario de los que fabrican las monjas, en cuyo respaldo decia:

“No desconfíes jamás del sí, de una serrana.”

La bendita tía Brígida, como todas las mujeres de la aldea sus contemporáneas, no sabia leer, por lo que pasaron para ella desapercibidos aquellos *garabatitos* de seda blanca; en cambio yo no lo heché en saco roto.

Me despedí de la afligida madre con intencion de continuar mi paseo, pero charlando se habia hecho de noche, y todo el mundo iba ya de retirada. Regresé, pues, á mi casa como todo hijo de vecino, y no volví á ocuparme mas de la flor de Las vegas, del sí de las serranas, de las habladoras gallinas, ni de la tía Brígida.

VI.

Vega abajo, vega abajo, corre en mi pueblo un riachuelo tan cristalino y fresco como su madre la fuente que le da origen, y á orillitas del rio hay un camino que, despues de atravesar el valle mirándose en sus aguas, se separa de él, empinándose atrevido por una cuesta, la que sube, como es costumbre entre sus hermanos, haciendo las consabidas eces.

Aquel camino conduce lo mas directamente posible á la capital de la provincia.

Y era el 29 de junio al salir el sol. Todo reia en las Vegas; digo mal, todo no, que las lágrimas del rocío esmaltaban las hortalizas, los árboles y los prados, y otras lágrimas muy parecidas á estas, solo que en vez de refrescar quemaban, deslizabanse de dos hermosos ojos rociando luego las pálidas rosas de dos megillas de cera.

Estos ojos y estas megillas, asomados á la ventana mas alta de una casa desde antes de salir el sol, no se apartaban un momento del caminito que corre á orilla del arroyo.

Y el tan-tan de las campanas decia á los fieles que deben dar principio al nuevo dia con la oracion; mas aquel no se contentaron con la cotidiana advertencia, sino que dijeron tambien á voz en grito mientras las bandeaban: "¡Viva San Pedro! ¡viva San Pedro!"

Y el valle todo alborozado repite el ¡viva! y en cada rama cant un pájaro, y

el gallo madrugador
entona el ¡quiquiriquí!
y contesta otro al cantor:
Tambien se madruga aquí!

Y otras mil cosas que alegran los corazones de los aldeanos, pero no de todos, que no falta quien lllore mientras el vallo rie.

Y sale el sol, y todo lo llena de luz y de colores.

Un grupo de tres personas, dos hombres y una mujer, camina riachuelo abajo, silencioso y triste como un entierro; pero á la mujer le flojean las piernas y se niegan á sostenerla. No hay remedio: es preciso separarse del hijo de sus entrañas. Abraza al jóven y quiere hablar, pero las palabras se anudan en su garganta, y apenas tiene fuerzas para llorar.

El hombre la separa del jóven, á quien le dice:

—¡Hijo mio, sé hombre de bien, y hasta que Dios quiera!

El mozo estrecha entre los brazos á su padre, y sin poder desplegar los labios se separan.

Poco despues, marido y mujer regresan á la aldea, no sin volver antes cien veces la cabeza para ver de nuevo y por última vez, al hijo querido que se va.

El jóven la vuelve para mirar una vez mas á sus padres, el valle que le ha visto crecer y la casita donde por primera vez abrió los ojos. Muchas cosas decian á su alma tanto objeto querido, la erguida torre, cuyas campanas habia repicado tantas veces; los árboles en cuyas ramas se habia encaramado en busca de nidos y fruta, la plaza del lugar, en donde el niño jugaba á la cruceta y al escondite, de mozalbete á la pelota y á la barra, y en donde tan buenos bailes tenia echados al son de la guitarra unas veces, y otras del tamboril y la dulzaina; pero todos esos objetos son mudos en comparacion de una casita blanca como una paloma, algun tanto elevada sobre las demás de la aldea, y en cuya puerta no les es dado penetrar á los rayos del sol, sino al través de una frondosa parra.

Algo encierra de bueno la tal casita, pues los ojos se le van tras ella, y al pensar en que pronto la perderá de vista, se le arrasan en lágrimas.

Ya llegó á la cumbre: párase á contemplar por última vez el valle nativo; echa su última mirada á la casita de la parra, y el corazón le da un vuelco de gozo: un pañuelo se agita en la ventana mas alta. Adivina de quién es, y agita también el suyo; pero el sol calienta ya bastante, lo que le da á entender al mozo que, si no aprieta el paso, llegará á su destino el día del juicio por la tarde. Vuelve grupas y desaparece tras la cumbre.

Los hermosos ojos y las pálidas mejillas permanecían aun en la ventana largo rato despues, como contemplando el paisaje, pues en la dirección en que miraban no se veía alma alguna viviente.

El síndico de Las Vegas entregó en caja al día siguiente en la capital de la provincia al quinto Agustín, el soldado de la aldea; y Rosa, la de la tía Catalina, acompañó á su abuelita á misa, no fresca y sonrosada como la flor de su nombre, sino mustia y cabizbaja, y con los ojos secos, sí, pero inflamados de tanto llorar.

VII.

Los años pasaban que era un gusto. Hacia ya cerca de cuatro que el Rojo, caminito de la Vega, desapareció tras la cumbre vecina.

El pueblo de Las Vegas seguía, sin embargo, su nunca interrumpido curso. Las uozas baila-

ban los domingos por la tarde hasta no poder mas, é iban todos los días al anochecer con el cántaro, á la acequia del molino; los mozos rollizos y frescos esperaban en el *honsal* á que saliesen de misa ó del rosario, provocándose mutuamente: la tía Catalina arrastraba con gran trabajo su octogenaria existencia, y apoyada en el brazo de Rosilla *rosigaba* aun los Santos en ciertas festividades, pues sus piernas ponían el grito en el cielo cada vez que se trataba de hacerles dar aquel paseo claustral; los pájaros cantaban que era una bendición al romper el alba, y se daban unos hartazones de trigo, por el tiempo de la siega, de padre y muy señor mío; por supuesto, previo permiso de los espantajos; y el tan, tan, y repique de las campanas, alegraba con frecuencia el hermoso valle, aunque, según voz pública, repicaba incomparablemente mejor el Rojo que el sacristan actual.

Durante estos cuatro años, nada de particular había sucedido en Las Vegas, si se exceptúa que la tía Brígida no *levantó cabeza* desde la marcha de su hijo. Poquito á poco fué empeorando, hasta que un día, á los pocos meses, las campanas de la parroquia tocaron á muerto, é hicieron exclamar á la tía Catalina, que con Marta, Rosilla y la Cucana se hallaba haciendo calceta en la puerta de su casa:

—Por el eterno descanso de Brígida la sacristana, *Padre nuestro*

La nieta de la tía Catalina sintió la muerte de la madre del Rojo, como hubiera sentido la de la suya propia; pero avezada á ahogar su dolor,

aunque sus labios rezaron por el alma de la difunta, sus ojos no vertieron una sola lágrima.

El padre de Agustin, solo, mal comido y peor vestido, agobiado por el mucho trabajo y mas aún por el dolor, no tardó en seguir á su mujer. Estas dos pérdidas le fueron comunicadas al pobre Rojo por su amigote Pedro, y ya nadie volvió á ocuparse de él, ignorándose hasta el punto de su residencia.

Rosa era la única que no le olvidaba un momento, aunque por habérselo prohibido terminantemente su abuela, jamás pronunció su nombre; pero si por una parte se veia impelida á obedecerla en todo, por otra recordaba el juramento prestado al pié del *peiron* de la Virgen del Carmen, y ni aun de pensamiento fué perjura.

Una cosa habia cambiado en la casita blanca de la frondosa parra, y no era por cierto la tertulia que solia reunirse al rededor de la tia Catalina, bajo los verdes pámpanos de la parra, pues la Cucana ocupaba ya su respectiva escañeta remendando á mas y mejor, mientras Marta daba vueltas á su huso, y la tia Catalina hacia calceta á tientas; pues ni con espejuelos ni sin ellos *veia gota*.

—Tia Catalina; dijo la Cucana, V. que lo sabe todo, ¿es cierto que tenemos guerra?

—¡Uy! ¡cuánto tiempo há!

—Pues no sabia nada. Hoy lo ha dicho en casa mi hombre, y yo le he contestado:—¡Bah! faloria!—¿Te *paice* á tí que si tuviésemos guerra no hubieran venido ya por aquí algunas partidas de facciosos?

—No es eso, mujer, no es eso: si la guerra es con el moro.

—¡Ave María purísima! . . . ¿Con que aun hay moros?

—¡Toma! que si hay moros! y judíos tambien.

—¿Y es muy lejos de aquí la guerra? preguntó Marta.

—¡Vaya si lo es! contestó la tia Catalina; al otro lado del mar.

—¡Pobrecicos soldados! ¿Si habrá talialguno de las Vegas?

—Es muy posible que sí, porque tenemos cinco en el servicio, sin contar el Rojo.

—Y ohora que nombra V. al Rojo, tia Catalina, dijo Marta, ¿sabe V. que Rosilla no ha *hecho mas gozo* desde que se fué Agustin?

—Tienes razon, Marta, añadió la Cucana. ¡Y qué lástima de muchacha. . . Se ha quedado con piel y huesos. . . ¡Quien la vió y quien la vé. . . . Aquellos colores que daba *gozo de Dios* el verlos; aquella alegría que veias siempre en sus ojos, y aquella sal para ponerse *maja*. . . todo, todo, se lo llevó el Sacristan. ¡Cuánta razon tenia yo para decir que estaba enamorada!

—Es verdad: ya te conté que ella misma me lo confesó.

—Pero es una herejía lo que hizo V. con la pobre muchacha. ¿A quién le ocurre echarle un sermon con Ave María? Lo que debia V. haber hecho, era abrir el *zurraco* y comprarle un *soldao* al pobre Agustin, y hubiera valido mas: no estaria Rosa como está, que da compasion el verla.

--Calla, loca, calla, que tienes mas charla que un sacamuelas.

—Sí, sí, charla....

—Buenas tardes tengan Vds., dijo antes de que la Cucana terminara la frase, el señor Cura párroco que salía á paseo con el breviario y el periódico en la mano.

—Buenas tardes, señor *Retor*, contestaron todas; y añadió la tía Catalina:

—¿Qué no se sienta V. un ratito?

—Un momento nada mas, que aun tengo que rezar y leer el diario.

—¡Muchacha! ¡Rosa! baja una silla para el señor *Retor*, gritó la tía Catalina.

Y Rosa bajó de la sala una silla de enea; en la que se sentó el señor Cura, haciendo ella lo mismo en su *escañeta* y tomando la labor.

—Señor Cura, dijo la Cucana, que era curiosa como ella sola, ¿qué traen de nuevo los papeles?

—Lo que es ahora, contestó el señor Cura, con la guerra de Africa están interesantes; no hay dia que no lea mi periódico de cabo á rabo.

—¡Jesus! no sé cómo tiene V. ojos y paciencia para leer esa sábana. Yo no conozco la *q*, pero si supiese de letra, seria la mayor penitencia que me podrian imponer.

—Todo es á lo que uno se hace.

—Tiene V. razon; pero el que no sabe, es como el que no ve, y eso nos pasa á nosotras. Sin ir mas lejos, mire V. si soy tonta, que hasta hace un momento, y eso porque me lo ha dicho la tía Catalina, no sabia que tuviésemos guerra.

—Señor *Retor*, interrumpió Marta, ¿y le ha tocado á alguno del pueblo ir á la guerra?

—¡Vaya si les ha tocado! tenemos allá nada me-

nos que cuatro. Ayer escribió *Curruño*, y la tía Ana-María vino á que le leyera la carta.

—¡Vea V., y no sabemos nada! ¿Y qué dice, qué dice?— Preguntaron las tres vecinas de Las Vegas dejando la labor y disponiéndose á escuchar con la boca abierta.

Muchos trabajos cuenta el pobre. Han pasado hambre á causa de que no podian acercarse á la costa los buques españoles por el temporal; muchos se han ahogado en los pantános; otros han muerto en las escaramuzas con los moros, y el cólera hace grandes estragos.

—Pues eso es lo peor, interrumpió la tía Catalina, porque al fin y al cabo el que muere por defender á su rey, con honra muere; pero eso de morir de la peste.....

—¡Jesus! ¡Pobrecicos!... ¡San Roque bendito los ampare! dijo la Cucana; pero diga V., señor Cura, ¿ha muerto alguno del lugar, de la peste?

—Que yo sepa, no; pero segun dice *Curruño*, mi antiguo sacristan, el pobre Rojo, despues de haber sido herido en un encuentro, estaba espirando del cólera.... Como son del mismo regimiento.....

Si una bomba hubiese caido como llovida del cielo en medio de la reunion y hubiese estallado sobre la cabeza de la venerable anciana, no fuera mayor el espanto de Rosa al contemplar á su abuelita cadáver. Estuvo á punto de caer desmayada; pero pidió á Dios con tanto fervor y casi instintivamente, como instintivamente se coge el náufrago á la primera tabla de salvacion que encuentra á su alcance, fuerzas para soportar aque-

la dura prueba, que Dios sin duda se compadeció de la infeliz y le otorgó lo que pedía.

Trabajo nos hubiera costado en aquel momento dar con las azucenas, ni mucho menos con las rosas de aquel manojito; en cambio no hubiera sido cosa rara tomarla por un cadáver, pero por un cadáver que á los pocos segundos lanzase un hondo y lastimero, aunque casi imperceptible quejido, volviendo á la vida, y por cuyas muertas mejillas corriese dos lágrimas abrasadoras.

Pero nada de esto vió el señor Cura, que Rosa tenía la cabeza inclinada sobre su labor, y nunca había ni aun sospechado siquiera que el sueño dorado de aquella niña cifraba en ser su sacristana. El virtuoso sacerdote tenía la costumbre, además, la santa costumbre de no mirar á ninguna jóven, especialmente si era hermosa.

No sucedió así á las tres mujeres, las cuales no quitaban ojo á la pobre chica, diciendo cada cual para su capote, digo . . . para su pañuelo, —que las mujeres de Las Vegas ni usan capote, ni frac, —la Cucana:

—¡Jesús! y qué entrañas tiene la tía Catalina para su pobre nieta! . . . ¡Por ocho mil miserables reales!

Marta:

—¡Y qué lástima de muchacho, tan guapo y tan buen mozo! . . . Mejor pareja que hubiera hecho con Rosilla! . . .

Y la tía Catalina:

—Dios es justo: castiga hasta en este mundo. ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos! . . . ¡Yo que no hablé con mi difunto, esté en gloria, hasta despues de ser mi marido! . . .

El señor Cura lo único que dijo para su sotana, fué que no había rezado, ni leído su periódico favorito, y se despidió para realizar ambas cosas paseando á la vez.

Y decíamos bien al decir que una cosa había cambiado en la casita de la frondosa parra, pues la Rosa de aquel rosal no era la misma, en lo cual convenía el pueblo todo.

¡Ay, que pasaron ya las tardecitas de mayo en que Rosa, fresca y colorada como la flor de su nombre, con el cántaro en la cabeza y el botijo en la mano, se dirigía al molino!

¡Ay, que los mozos de Las Vegas no revolotean ya como abejas al rededor de la miel, cuando de misa ó del rosario sale, que aquello no es miel, sino cera pura!

Y ¡ay, y cien veces ay! que aquella delicada flor fué tronchada por el huracán de la adversidad, y sus descoloridas y mústias hojas, faltas del rocío de la esperanza, dobléganse ya hácia el suelo, para ser primero desparramadas por el viento y convertidas despues en vil polvo, si llegan á caer!

VIII.

Mucho había desmerecido la nieta de la tía Catalina, y sin embargo, á semejanza de aquellas matronas romanas que llegaron á contar los años de matrimonio por el número de sus maridos, tuvo tantos pretendientes como penas. Cierta que todos por su turno salieron de la casita de la frondosa parra con una calabaza al hombro, capaz de